

**"LA RELIGIÓN DEMOCRÁTICA": EN TORNO AL TEXTO
IMPLÍCITO DE LOS ESCOLIOS DE NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA**

Luis Durán Guerra
lduran@aafi.es

1. El "Nietzsche colombiano"

Nicolás Gómez Dávila nació en Bogotá un 18 de mayo de 1913 y murió en su ciudad natal el 17 de mayo de 1994. Su infancia y adolescencia las pasaría en París donde se dice que se formó en un colegio benedictino. En 1936, cumplidos los veintitrés años, regresa a Bogotá para contraer matrimonio y dedicarse en cuerpo y alma a la que puede considerarse la obra de su vida: la reunión de una biblioteca de más de 30.000 volúmenes que se custodian hoy en la Biblioteca del Banco de la República de Bogotá. Considerado por uno de sus mejores conocedores en nuestro país como "el más brillante aforista en español del siglo XX",¹ Gómez Dávila ha sido hasta hace muy poco un escritor perfectamente desconocido. Admirado en Alemania por Ernst Jünger y en Italia por Franco Volpi, fue su amigo Álvaro Mutis quien lo promociona y da a conocer entre los lectores de habla hispana. A su difusión ha contribuido también el volumen *100 autores colombianos del siglo XX (antes y después de García Márquez)*, publicado en 2006 por las embajadas de Colombia en Portugal y España y donde se incluye al autor de *Escolios a un texto implícito* (1977-1992), su *magnum opus* y que ha valido al bogotano el ingenioso título de "Nietzsche colombiano".

¹ J. Miguel Serrano, "Nicolás Gómez Dávila: el escritor secreto", en N. Gómez Dávila, *Breviario de escolios*, Atalanta, Girona, 2018, p. 9. Cf. del mismo Miguel Serrano su *Democracia y nihilismo. Vida y obra de Nicolás Gómez Dávila*, Eunsa, Pamplona, 2015.

Esta obra en cinco volúmenes, en realidad su única obra, es una colección monumental de más de 10.000 aforismos que ha sido reeditada no hace mucho por la editorial gerundense Atalanta.² Una de las preguntas que se han planteado los lectores de este "centón reaccionario", en palabras del propio Dávila, es el de identificar ese "texto implícito" al que supuestamente se refieren los escolios. Si Volpi pensaba que ese texto no es más que la composición *pointilliste* de los propios aforismos, otros han visto en el conjunto de la tradición occidental, decantación de las lecturas realizadas en su inmensa biblioteca por nuestro pensador, el texto del que los escolios no constituyen sino un comentario infinito. Sin embargo, pese a no haber satisfecho a nadie, la pretendida confesión del propio escritor a Francisco Pizano de Brigard de que la "religión democrática" es el verdadero texto implícito de sus *Escolios* nos lleva a considerar la importancia que tiene en Gómez Dávila la crítica al principio democrático como una clave de lectura que no conviene desdeñar a la hora de interpretar la vasta producción aforística de quien se consideró a sí mismo como "el reaccionario auténtico". En las páginas que siguen citaré algunas referencias a la democracia tomadas del *Breviario de escolios* que la editorial Atalanta publicó en 2018, si bien acabaré centrándome más bien en los *Textos*, una obra inconclusa de Gómez Dávila publicada en 1959 por la Editorial Voluntad de Bogotá y donde se puede leer, entre las páginas 55 y 84 de la reciente edición de Atalanta, un primer esbozo de la particular teoría de la reacción del escritor bogotano. Por último, tendré en cuenta también el ensayo póstumo *El reaccionario auténtico*, incluido en la edición antes citada de los *Textos* y que la Revista de la Universidad de Antioquía de Medellín publicó en 1995 como parte del homenaje que le dedicó al colombiano un año después de su muerte.

² N. Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito*, Atalanta, Girona, 2009.

2. Crítica explícita a la democracia en los *Escolios*

De Gómez Dávila puede decirse lo que el crítico e historiador danés Georg Brandes escribió una vez de Nietzsche, que fue un "aristócrata radical". Una muestra de este radicalismo aristocrático lo constituye el siguiente aforismo en el que la democracia queda relegada a la hora fatal que nos tiene que llegar a todos. "La vida es taller de jerarquías. Sólo la muerte es demócrata".³ El desprecio del bogotano por la democracia es palmario, pues, desde el primer volumen publicado en 1977 de los *Escolios a un texto implícito*. Así, la "clase discutidora" de la que hablara despectivamente Donoso Cortés en su *Discurso sobre la dictadura* (1849) en referencia al liberalismo apenas logra ocultar en Gómez Dávila su tendencia al totalitarismo. En efecto, como se lee en *Escolios I*: "Los parlamentos democráticos no son recintos donde se discute, sino donde el absolutismo popular registra sus edictos".⁴ Una idea esta, la del absolutismo, que va a aparecer de nuevo formulada con toda contundencia en un aforismo contenido en la segunda parte de estos primeros escolios:

El absolutismo es el principio vital de la democracia.

*Los serviles juristas de los Severos son sus más lúcidos doctores.*⁵

Pero el absolutismo popular deviene necesariamente en demagogia, palabra que el demócrata se reserva para cuando no le gustan las consecuencias de sus propios principios políticos. "Demagogia es el vocablo que emplean los demócratas cuando la democracia los asusta".⁶ Ahora bien, la democracia puede darse tanto "en tiempos de paz" como "en tiempos de revolución". Según Gómez Dávila, en

³ *Breviario*, p. 100.

⁴ *Breviario*, p. 33.

⁵ *Breviario*, p. 157.

⁶ *Breviario*, p. 57.

la paz la democracia no es sino patente de mediocridad que atrae a ineptos y estúpidos por igual para resolver problemas complejos, mientras que en los períodos revolucionarios son los dementes quienes adhieren al principio democrático.

La crítica a la democracia se prolonga en *Escolios II*, el segundo tomo de los *Escolios a un texto implícito*, publicado también en 1977. Por lo pronto, la democracia se siente incómoda con el reaccionario, pues entre sus presupuestos se encuentra, aun cuando no esté dispuesta a admitirlo, el no poder tolerar a semejante tipo humano en su comunidad sectaria. Escribe Dávila, denunciado así la mala conciencia de los regímenes democráticos frente al reaccionario una vez han expulsado a éste de su seno: "La democracia, desde hace dos siglos, destierra primero al reaccionario y después lo condena por haber emigrado".⁷ Junto a esta crítica hallamos en esta segunda parte de los *Escolios* una referencia a las leyes como el instrumento del que se sirven las democracias para violar precisamente todo estado de derecho. El siguiente aforismo es una prueba de esto último: "La democracia es el único régimen político deliberadamente establecido para violar el derecho a ley armada".⁸ Un aforismo que puede complementarse con la lectura de este otro tomado también de la misma colección de escolios: "Postulado básico de la democracia: la ley es la conciencia del ciudadano".⁹

El principio democrático no deja de basarse, según Gómez Dávila, en una impostura o inconsecuencia moral: el desprecio último que siente el demócrata por lo público, así como por cualquier cosa que le pueda sonar a "orden". En el ámbito privado nadie es demócrata. Para Dávila: "La democracia es el régimen político donde el ciudadano confía los intereses públicos a quienes no confiaría jamás

⁷ *Breviario*, p. 110.

⁸ *Breviario*, p. 114.

⁹ *Breviario*, p. 121.

sus intereses privados”.¹⁰ En contrapartida, una sociedad donde reinaba un orden jerárquico perfecto como el que existía en la Cristiandad medieval tiene que ser vista necesariamente por la democracia como “anarquía feudal”. En *Escolios II* puede, en efecto, leerse: “«Anarquía feudal» es el apodo con que el terrorismo democrático denigra el único período de libertad concreta que conozca la historia”.¹¹ A ello se suma un detalle psicológico que el pensador colombiano no deja de observar en las sociedades democráticas. Todas ellas se basan de alguna manera en la frustración de sus ciudadanos ante la imposibilidad de ocupar el mismo puesto en el escalafón social. Así, pues:

La frustración es el carácter psicológico distintivo de la sociedad democrática.

Donde todos pueden aspirar lícitamente a la cúspide, la pirámide entera es acumulación de frustrados.¹²

Por lo demás, las palabras “patriota” y “egoísta” se desnaturalizan por completo en los regímenes democráticos como así comprobamos en el siguiente escolio: “«Patriota», en las democracias, es aquel que vive del Estado; «egoísta», aquel de quien el Estado vive”.¹³

Absolutismo, legalismo, arribismo parecen ser los corolarios del principio democrático. Así, por ejemplo, en la democracia no se encuentran ya verdaderos juristas, sino meros funcionarios de la administración del estado. “El jurista, en las democracias, no es un experto en leyes sino en funcionarios”,¹⁴ seguimos leyendo en *Escolios II*. La libertad, siempre concreta para Dávila, no tiene cabida en el absolutismo democrático. Es por ello que la abstención

¹⁰ *Breviario*, p. 129.

¹¹ *Breviario*, p. 129.

¹² *Breviario*, p. 131.

¹³ *Breviario*, p. 131.

¹⁴ *Breviario*, p. 136.

es vista por el colombiano como un signo halagüeño de los límites de dicho absolutismo.

El porcentaje de electores que se abstienen de votar mide el grado de libertad concreta de una democracia.

Donde la libertad es ficticia, o donde está amenazada, el porcentaje tiende a cero.¹⁵

3. La democracia como “religión antropoteísta” en los *Textos*

Esta muestra mínima de los aforismos gómezdavilianos contra la democracia no pasaría de reproducir algunos tópicos de lo que en un artículo sobre nuestro “reaccionario inconformista” llamaba Fernando Savater “la vieja y obstinada querrela contra la democracia” –a lo que añadía entre paréntesis la interesante observación de su carácter antihistórico, pues “en la idea de democracia se reúne lo mejor de Grecia y lo mejor del cristianismo occidental”¹⁶–, si no fuera porque el bogatano había fundamentado algo más seriamente su teoría de la reacción en un texto publicado en 1959, es decir, dieciocho años antes de la aparición del primer tomo de los *Escolios*. El libro donde aparecía el texto recibió el título de *Textos I*, si bien nunca fue seguido de entregas sucesivas, razón por la cual su editor Jacobo Siruela lo publicó en 2018 con el simple título de *Textos*. Se trata, como reza su título, de un conjunto de textos, unos diez, que el escritor colombiano presenta sucesivamente sin título y sin mayor separación entre uno y otro que un simple margen.

Como he adelantado, entre las páginas 55 y 84 de *Textos* puede leerse un ensayo donde Gómez Dávila sintetiza su particular visión de la historia y del hombre. En estas páginas el escritor bogotano

¹⁵ *Breviario*, p. 138.

¹⁶ F. Savater, “El reaccionario inconformista”, *El País*, 28 de diciembre de 2007.

se nos presenta como un consumado teólogo de la historia para quien toda acción humana representa una determinada respuesta al problema de Dios. En este sentido, la democracia no supone una excepción, pues su principio consiste en hacer que el hombre sea Dios. El hombre nuevo es el hombre-dios.

La democracia es una religión antropoteísta. Su principio es una opción de carácter religioso, un acto por el cual el hombre asume al hombre como Dios.

Su doctrina es una teología del hombre-dios; su práctica es la realización del principio en comportamientos, en instituciones, y en obras.¹⁷

Pero este "propósito teológico" de la democracia necesita de una antropología voluntarista para poder ser realizado. La voluntad es, pues, la esencia de este nuevo hombre-dios que la democracia defiende con celo verdaderamente religioso. Se trata de un hombre sin naturaleza, aunque no carezca de historia. No es difícil ver en estas tesis una influencia de la doctrina de la voluntad de poder de Nietzsche, si bien el colombiano no señala en ningún momento las fuentes de su pensamiento. Así, pues, sentado el fundamento "antropoteológico" en que descansa la democracia, Gómez Dávila pasa a definir las cuatro tesis de su correspondiente apologética. Son las siguientes: el "ateísmo patético", la "idea del progreso", el subjetivismo axiológico y el "determinismo universal". Si empezamos por la primera tesis, el "ateísmo patético", es obvio que la idea del hombre-dios, principio teológico de la religión democrática, exige que Dios no exista. En palabras de nuestro "solitario de Dios":

La democracia no es atea, porque haya comprobado la irrealidad de Dios, sino porque necesita rigurosamente que Dios no exista. La convicción de nuestra divinidad implica la negación de su existencia. Si Dios existiese, el hombre no

¹⁷ N. Gómez Dávila, *Textos*, Atalanta, Girona, 2010, p. 62.

*podría palpar su divinidad presunta. El Dios trascendente anula nuestra inútil rebeldía. El ateísmo democrático es teología de un dios inmanente.*¹⁸

La segunda tesis de la ideología democrática, la idea de progreso, es definida por Gómez Dávila como "la teodicea del antropoteísmo futurista, la teodicea del dios que despierta desde la insignificancia del abismo".¹⁹ El progreso es, por tanto, el dogma fundamental mediante el cual el hombre democrático logra "justificar" el proceso que le permitirá transformar técnicamente el mundo "a la medida de su anhelo".

En cuanto a lo que he llamado "subjetivismo axiológico", Gómez Dávila sostiene que la empresa democrática encuentra su principal escollo en el hecho mismo de la presencia de los valores. Esta dificultad la salva la doctrina democrática mediante la tesis del hombre como hacedor de los valores. Subjetivismo que se corresponde en este caso con el voluntarismo antes mencionado en la medida en que valor no es otra cosa aquí que "lo que la voluntad reconoce como suyo".

Por último, la cuarta tesis de la "religión democrática", el "determinismo universal", no es menos importante para entender la ideología de su consecuente apologética. Así como el hombre solo puede ser Dios si Dios no existe, el hombre solo puede ser libre si el mundo y la sociedad no son libres. La aparente paradoja de un hombre absolutamente libre en un universo regido por leyes necesarias es resuelta, según Dávila, mediante "una acrobacia metafísica que transporta al hombre, desde su pasividad de objeto, hasta una libertad de dios repentino".²⁰

¹⁸ *Textos*, p. 66.

¹⁹ *Textos*, p. 66.

²⁰ *Textos*, p. 69.

Analizadas las tesis de la ideología democrática, el reaccionario colombiano comenta a continuación las dos formas políticas que inspiran la praxis democrática en su historia. La primera forma se corresponde con la "democracia individualista y liberal", y acaba inclinándose hacia la economía capitalista y el sufragio universal. En cuanto a la segunda forma, ésta es producto de la transformación de la primera en "democracia colectiva y despótica" y aboca necesariamente a la sociedad comunista. La primera forma no es más que la traducción del principio democrático como "voluntad soberana". Escribe Dávila:

La democracia individualista suprime toda institución que suponga un compromiso irrevocable, una continuidad rebelde a la deleznable trama de los días. El demócrata rechaza el peso del pasado, y no acepta el riesgo del futuro. Su voluntad pretende borrar la historia pretérita, y labrar, sin trabas, la historia venidera. Incapaz de lealtad a una empresa remitida por los años, su presente no se apoya sobre el espesor del tiempo; sus días aspiran a la discontinuidad de un reloj siniestro.²¹

La segunda forma política de la democracia convierte la "voluntad soberana" del liberalismo en "voluntad auténtica" bajo un régimen que no puede ser por menos que autoritario. En efecto:

El principio reviste su segunda forma, cuando el uso de la libertad amenaza los postulados democráticos. Pero la transformación de la democracia liberal e individualista en democracia colectiva y despótica, no quebranta el propósito democrático, ni adultera los fines prometidos. La primera forma contiene y lleva a la segunda, como una prolongación histórica posible, y como una consecuencia teórica necesaria.²²

²¹ Textos, p. 71.

²² Textos, p. 71.

Estas dos formas políticas de la democracia se decantan históricamente en tres etapas que se suceden sin solución continuidad con necesidad teórica implacable. Gómez Dávila traza en su ensayo una síntesis de la historia de la democracia moderna no por más simple menos magistral. Nacida a la sombra de las herejías medievales y del "mesianismo apocalíptico", la religión democrática es contemporánea del estado moderno cuya soberanía fue teorizada en primera instancia por Bodin para consolidarse en una segunda fase con la "soberanía popular" proclamada por Rousseau. La tercera etapa de su historia, la sociedad comunista, es una consecuencia lógica de las anteriores etapas. "En la sociedad comunista", escribe el colombiano, "la doctrina democrática desenmascara su ambición. Su meta no es la felicidad humilde de la humanidad actual, sino la creación de un hombre cuya soberanía asuma la gestión del universo".²³

4. Gómez Dávila, moderno *malgré lui*

A pesar de su importancia para dilucidar el texto implícito de los *Escolios*, pienso que la teoría de la reacción es solo un enfoque posible para abordar la inmensa riqueza de la producción aforística del autor. Ahora bien, aparte del texto que he comentado en el apartado precedente, es necesaria la lectura del ensayo *El reaccionario auténtico* para completar la imagen de Nicolás Gómez Dávila como pensador reaccionario pero moderno *malgré lui*.

En este breve texto, Gómez Dávila comienza constatando la incomodidad que siente tanto el progresista liberal como el progresista radical frente al reaccionario. Incomodidad que no parece reparar en el hecho, escribe el bogotano, de "la tenacidad con que las más altas inteligencias de Occidente, desde hace ciento cincuenta años, acumulan objeciones contra el mundo moderno".²⁴ No son, pues, tanto las tesis como su postura lo que desconcierta al

²³ *Textos*, p. 83.

²⁴ *Textos*, p. 151.

progresista del reaccionario. Lo que no entiende el radical es la condena de un hecho político, la democracia, que el reaccionario admite como necesario; por su parte, lo que no entiende el liberal es la admisión práctica del hecho condenado teóricamente. Ambos censuran en el reaccionario, pues, tanto su estulticia como pasividad ante el destino.

Pero la paradoja del reaccionario auténtico se resuelve cuando se aclaran los presupuestos de su visión de la historia. La historia es para el progresista radical razón y necesidad; para el progresista liberal, "hazaña" de nuestra libertad. Por el contrario, para el reaccionario, la historia, es el plexo donde necesidad y libertad se anudan para constituir la trama inextricable del humano acontecer. A la espera de un dios venidero, el reaccionario, pues, puede "condenar la necesidad sin contradecirse, aunque no pueda actuar sino cuando la necesidad se derrumba".²⁵

Por lo dicho anteriormente se puede comprender que la democracia fuese para don Nicolás no tanto un "hecho político" como una "perversión metafísica". ¿Es por ello este antimoderno menos moderno? La crítica de la modernidad y de la democracia es ella misma una particularidad "moderna". Gómez Dávila, en su radicalismo reaccionario, no está solo sino que pertenece de pleno derecho a esa ilustre estirpe de "altas inteligencias de Occidente" que, no obstante su parcial excentricidad, han sabido señalar las contradicciones de nuestro mundo.

²⁵ *Textos*, p. 157.